

tas. La reina va á todas partes con ella, cambia sus vestidos con ella, se acuestan juntas. La impudencia de estas mujeres las lleva á obligar á la gente cortesana á que emplee una etiqueta insensata.

¿Por qué este vergonzoso hecho? Helo aquí: esta hermosa Emma, esta sibila, esta bacante, esta Venus, era una espía. Desde el año 1798 hasta 1800 comunica á Inglaterra todos los secretos de Italia y muchas veces los de España. Vivía en las mismas habitaciones de la reina y leía las cartas de ésta. Para Francia, ejerció funesta influencia. Nelson aseguró que, obteniendo á Nápoles para el aprovisionamiento de su flota, podía dar fácilmente la batalla de Aboukú y destruir la escuadra francesa. Una carta de España á Nápoles pidiendo su alianza para declarar la guerra á Inglaterra, fué comunicada por Emma á esta nación. España, á consecuencia de esto, sufrió un golpe terrible. Pero lo que da á Emma carácter trágico es la historia de la parte que tomó en las venganzas de Carolina en 1798.

Ella deshonoró á Nelson. Este bravo y brutal marino, que jamás descendió á tierra, que ignoraba lo que ocurría en el mundo, hizo de Emma una especie de reina suya, y ante Europa se convirtió en el caballero de una meretriz impúdica. El espectáculo fué sorprendente; el almirante tuerto y manco, acarició á Emma cuando ya le había negado sus caricias á la reina. No contento con violar la capitulación que había firmado, empleó sus buques victoriosos en cárceles para los jefes de la república de Nápoles.

Ella exigió, y obtuvo, que la bandera británica ondease como pabellón indiscutible. Y, bajo estos pliegues, frente á los mártires, se efectuó una bacanal que hizo enrojecer á las rocas de Caprea. Emma dió á luz un niño que fué reconocido por Nelson, á pesar de las protestas de lady Nelson y del marido de Emma. Muerto Nelson, Emma comercia con sus recuerdos, vende sus cartas de amor.

El gobierno de Nápoles aun era mejor que el de Roma. Un romano me dijo: «¡Oh, si al menos pudiera fiarme de mi mujer y de mi hija!» Era aquel un gobierno con hábitos de policía.

Quien revela con profunda sinceridad el estado del alma italiana en aquella época es el gran artista Piranesi. No se pueden contemplar sus aguas-fuertes, sin exhalar suspiros dolorosos, como si se tuviera el peso de una montaña sobre el corazón. Las *Prisiones* del Piranesi, son la imagen de un mundo enterrado vivo, en el que las magnificencias del arte, los recuerdos de grandezas perdidas aparecen para torturar el corazón, el alma... Vastas y subterráneas prisiones con aparatos para los suplicios, laberintos infernales por los que se puede caminar sin terminar nunca, escaleras sin fin, que dan la idea de alguien que sube sin cesar, sin llegar nunca más que á la impotencia ó á la desesperación. Estas bellas imágenes del dolor de los italianos, aun son infieles; tan grande, tan poético es su infortunio. Lo más duro del suplicio y que Piranesi no ha podido reproducir es la abyección, la bajeza, la relajación

del alma, la descomposición grosera de la inteligencia de los italianos, hundida en el fango por la brutal tiranía de los reyes.

Era tiempo de que en los calabozos penetrara alguna luz, que la Francia republicana los iluminara con sus rayos.

Su más cruel enemigo no era Londres, si no Roma. De Roma venía el soplo de muerte: La Vendée. Los ingleses mataban á Francia por fuera: los curas por dentro. Aun el mismo gobierno romano, no hubiera hecho tan sorda guerra á Francia, si no lo hubiesen instigado á ello los mismos franceses. Seguía el Papa, los impulsos del cardenal Bernis, viejo veleidoso, á quien manejaban dos emigrados franceses: un hombre joven y una mujer vieja. El pequeño Maury, escapado de Francia, contagiaba su rabia á los gobiernos de Roma y Viena. Adelaida, tía del rey, inspiraba su conducta al papa. Tenía entonces sesenta años, pero conservaba su energía de fanática. Ya hemos indicado (tomo I) como el clero, amenazado en sus intereses por el ministro filósofo bajo la Pompadour, empleó con éxito sobre el sensual Luis XIV, la irresistible potencia de su propia hija, que entonces tenía dieciséis años, cómo esta nueva Judith se sometió, por tan *santa causa*, á tan extraño sacrificio, para salvar al pueblo de Dios. Así era la tradición de Versalles y así la hemos recogido bajo la restauracion, de labios de los emigrados. Según ellos, Mr. de Narbonne nació de este incesto. La princesa obtuvo sobre su padre una influencia poderosa. Déspota y variable como era, nunca hubiera osado desayunarse una mañana lejos de su hija.

En cierto modo era ella el jefe del partido jesuíta, y, por desgracia empleó todo su poder en beneficio de éste. Contribuyó no poco á la caída de Maurepas y á que su padre arrojara á Turgot.

Escapada de Francia en el 91, se instaló en la mejor casa de Roma, la que era como el centro de la sociedad italiana y extranjera, el palacio del cardenal Bernis.

Este viejo servidor de Austria, tanto como de Francia, era un lazo natural entre Roma y Viena. Juntamente con el cardenal Zelada, manejaba á su antojo al Papa. Bernis vanidoso, ligero y lenguaraz, no ocultaba la influencia que ejercía sobre el jefe de los cristianos y se jactaba de ella: «Es un niño de excelente temperamento—decía Bernis—pero muy vivo y por lo mismo hay que vigilarlo atentamente; de lo contrario podría arrojarse por la ventana.»

Los girondinos, que establecieron fuertemente su poder al siguiente día del 10 de Agosto, resolvieron dar dos golpes, sobre Roma y Nápoles.

Ordenan al almirante Latouche que vaya á aguas de Nápoles, gane el puerto y obligue al gobierno á que reciba á un ministro francés. Un representante de Francia se establecería en Roma, de suerte que Italia no solo oiría hablar de la República si no que la vería, la tendría presente en sus fiestas, con sus colores nacionales, sus nuevas armas, su vencedora bandera dispuesta siempre á destruir tiranos.

Esta agresión era muy merecida. No es posible dar un paso por Europa sin que se deje de encontrar rastro de las intrigas romanas y sicilianas. Enviamos á Constantinopla á un representante y no puede estar por que la influencia de Nápoles lo impide; mejor dicho, no es Nápoles, es Inglaterra, soberana de Nápoles por Acton y Emma.

A pesar del viento contrario, Latouche ejecuta una hábil maniobra y logra franquear el puerto. ¿Quién es el que está ahora en peligro, la escuadra ó la capital? No era difícil adivinarlo. La escuadra, bajo el fuego de las baterías de la riva, podía ser destruída si atacaba á Nápoles. Sin embargo, Nápoles tuvo miedo. Sus mujeres, siempre dispuestas para la guerra desde lejos, sintieron debilidad, y el famoso marino Acton, no se encontraba seguro ni tranquilo. Latouche envió sencillamente á un granadero de la República, quien dió al rey una hora de plazo para que reconociera y recibiera al ministro francés.

Si tarda un minuto más comienza el bombardeo. El rey firma sin pronunciar una palabra.

El ministro, desembarcado en medio de tanto enemigo pérfido, debía realizar una misión peligrosa, y era la de enviar un representante á Roma, el cual sin flota, sin ejército, por la fuerza del nombre francés y de la República, tomaría posesión cerca del pagano. Era muy expuesto afrontar la brutalidad de los bárbaros del Transtevere y de los vaqueros de Marais-Pontins, ciegos y fieros como sus bestias. Con solo un silbido de sus señores, estos salvajes se arrojarían sobre los franceses y los patriotas italianos.

El hombre que afrontó estos peligros y que por su sacrificio ha colocado muy alto su nombre en la historia, era un republicano moderado; Basville (sus obras lo indican) parece ser de los que se hubieran dado por satisfechos con las primeras conquistas de la Revolución, pero que al verla por tan rápida pendiente aceptaron un puesto aventurado.

Llegó con un amigo, el enviado de nuestra embajada en Nápoles. Todo estaba preparado desde el primer momento para recibirlos. El cobarde gobierno, no confiando solo con sus tropas regulares, apeló á todas partes para reclutar salvajes, especialmente de los Apeninos. En los pulpitos y en los confesonarios, se predicaba á las mujeres contra los franceses, aquellos sacrilegos que sobre la ciudad santa querían izar la bandera de Satán. Las mujeres encendían cirios, rogaban, daban alaridos: los hombres afilaban los cuchillos.

Nuestros bravos franceses entraron mostrando la escarapela sobre la oreja, oyendo gritos de muerte por todas partes. Los franceses no oyen, no entienden. Seres caritativos les aconsejan que se escondan en el bolsillo el maldito distintivo. A través de la furiosa muchedumbre marchan al palacio del cardenal Zelada, para mostrarle sus poderes y que se reconozca á la República. Nada obtienen en el palacio y, sin precipitarse, poniendo su coche al paso, regresan lentamente. Eran las cua-

tro de la tarde (13 Enero 93). Sobre ellos caía una lluvia de injurias y amenazas. Entonces demostraron que solo dos republicanos, franceses, á trueque de perder su vida, se bastaban para pasear la bandera de la libertad y de la civilización por la gran ciudad reaccionaria y bárbara, y á pesar de todas las provocaciones colocaron el lienzo tricolor sobre su carruaje.

Comienzan á llover piedras. Algunos dan golpes sobre el coche. El cochero, espantado, suelta á galope á sus caballos y lanza el coche en el patio de la casa de un banquero francés. Falta tiempo para cerrar la puerta; la muchedumbre entra en el patio; los franceses descienden del coche; un barbero saca una navaja é infiere á Basville una profunda herida; Basville muere al día siguiente.

Los infames que guardaron su cuerpo en los últimos instantes de su vida, han declarado que, en su postrer momento, se acordó de Dios, y renegó de sus creencias, tomando la comunión de manos de sus asesinos. Esto es una infamia.

El Papa se lavó las manos con la sangre de Basville. ¿Qué hizo él para evitar su muerte? ¿Qué hizo para castigarla? El gobierno pontificio guardóse mucho de perseguir al peluquero asesino á quien todo el mundo conocía y mostraba.

Pero ante la historia, el Papa será siempre el asesino de Luis XVI. Arrancó, gradualmente, concesiones al rey de Francia, tantas que lo condujo á la muerte.

Tampoco le perdonará la historia, la sangre de quinientos mil hombres que costó la guerra del Oeste. El día 29 de Marzo del 90, declaró al rey que si aprobaba los decretos relativos al clero comenzaría la guerra civil. En esta carta insolente, decía con astucia el Papa, mezclando la miel y la hiel: «Hemos empleado todo nuestro celo hasta ahora, para impedir, que, *por Nos*, estallara un movimiento», dando á entender que él tenía suficiente poder para organizar la guerra civil. En esto mintió. El movimiento entonces era imposible. El campesino, estaba muy lejos entonces de lanzarse al campo para una guerra religiosa. Falta aun tiempo para esto y propaganda solapada; el clero se aprovechaba de la ceguedad de las mujeres.

Con gran dificultad se hubiera arrancado á un campesino de su casa.

Las cartas del Papa que tenemos á la vista, indican poca convicción. En el 90, los decretos referentes al clero le parecían *cismáticos*, pero no se atreve á decir que el fondo de la religión ha sufrido un golpe. El 91, los mismos asuntos se han trocado en *heréticos*; así los califica el Papa; el progreso de su cólera ha cambiado la naturaleza á los decretos.

La guerra tardaba demasiado, á disgusto del padre de los fieles. Con este propósito envió al joven emperador Francisco II al *venerable* abate Maury. Le ruega, le suplica que tire de la espada. El 8 de Agosto le agradece que, finalmente, se decida á comenzar la campaña.

La del Papa comenzó desde hacía mucho tiempo en nuestras ciudades del Oeste. Guerreaba á su modo, difundiendo bulas y cartas que dirigía á los obispos. Sus cartas al rey, más secretas como documentos oficiales, las comunicaba á los curas y estos las divulgaban. Llegó el invierno y los curas, ante los ojos de la Francia, sin ocultarse, predicaban la guerra civil en los villorrios y pueblos normandos. Si es necesario, el cura visita una choza donde puede encontrar un soldado para la causa del Papa. Publíquese la última bula del Papa, supremo esfuerzo del cardenal Zelada, de la que se hizo una tirada incalculable, arrojada sobre las costas por las chalupas inglesas.

De confianza en confianza la Bretaña, la Vendée y el Anjou, estaban perfectamente instruidos en los propósitos del Papa.

Hemos dicho ya cuales fueron sus primeros resultados: en Agosto del 92, la sangrienta batalla de Châtillon y Bresmire; en Octubre, la cuestión del Morbihan, cuestión pequeña pero brutal, salvaje, odiosa, en la que se vió á las mujeres enloquecidas por el miedo al infierno, manejadas como instrumentos por los curas, temiendo aun más al infierno que á la muerte y arrojándose sobre la boca de los fusiles.

Durante todo el invierno, reinó un silencio profundo; la gente opuso la resistencia de la inercia, una desobediencia pasiva; se negaban á pagar los impuestos, surgían grandes dificultades para la recluta; los magistrados eran impotentes, las leyes estaban suspendidas. Los curas impedían especialmente, que se reclutara gente para la marina. Si algun hombre quiso partir, su mujer se agarró á sus ropas, se arrodilló á sus pies.

El aspecto que presentaban nuestras costas era deplorable. Nuestros puertos, nuestros arsenales estaban desiertos. La general traición de nuestros oficiales de marina, quienes abandonaron la Francia, nos dejaba á merced del enemigo.

¡Ah, quien recuerde el estado de Francia entonces y la situación de Inglaterra, dueña de Calais, interviniendo en nuestros asuntos, apoderándose del estrecho, no tendrá bastantes fuerzas para maldecir á los locos criminales que abrieron á los ingleses los puertos de Francia!

¿Quién defendía entonces á la nacion? La Bretaña republicana; su nombre será inmortal.

Si; algunos cientos de ciudadanos y campesinos (especialmente los de Finisterre) fueron voluntariamente á servir á las baterías de nuestras costas, patrullando á lo largo de la orilla del mar, esperando durante la noche un desembarco de Jersey, teniendo detrás de si un pueblo de salvajes, de fanáticos y enfrente las velas de los barcos ingleses. La Francia los olvidaba y los amenazaba Inglaterra; los emigrados iban á regresar; el suelo parecía temblar á sus pasos; sin embargo, permanecieron de pie, firmes, valerosos, enérgicos, ardorosos, neutralizando una fuerza poderosa que amenazaba consumir el país de la libertad y de la redención.

¿Y, cómo los ingleses, conociendo que nuestras costas eran indefendibles, no se atrevieron á lanzar sus buques, ó no se aprovecharon de su superioridad? ¿Quién podía seriamente impedir que desembarcaran cuantos soldados tuviesen en gana? Los emigrados de Jersey pidieron de rodillas á los ingleses que conquistaran la Francia. Charette hizo lo mismo: basta leer las *Memorias de madama Larochejaquelain*.

Mr. Pitt, para desembarcar, quería ser dueño en absoluto de un puerto, el de Lorient ó la Rochela. Su propósito era introducir en Francia una fuerza contrarrevolucionaria.

Trabajaba, forjaba, divulgaba, adornándola, prestándola detalles puramente imaginarios, la leyenda del rey mártir. Mostraba su pañuelo sangriento; algunos creen que este mismo fué arbolado sobre la Torre de Londres. Entonces dijo Pitt: «¡Hijos de San Luis, subid al cielo!»

Lo que levantó una gran fuerza de opinión fué las exageraciones de los pillajes cometidos en París. Hacia fines de Febrero, la emisión de mil millones de asignados, sin otra garantía que la futura venta de los bienes de los emigrados, quebranta el crédito de Francia. El papel moneda sufre una sensible baja. El obrero, cuya jornada no ha disminuído, encuentra en el pago un valor menor realmente al que tiene derecho á percibir, insuficiente á sus necesidades. El panadero y el tendero le exigían el pago adelantado. Su furor se dirigió contra todo el comercio, contra los acaparadores. Todo el mundo pedía á una que los comestibles estuviesen tarifados. No podían imaginar que una ley como esta, eliminando la especulación, provocaría el encarecimiento de los géneros. Marat, no menos ignorante, ni menos cegado, sufriendo (como él decía) los mismos contratiempos del pueblo, en contacto con el cual vive, formula las quejas de la multitud con la misma violencia, con el mismo furor que si estuviera hambriento. El día 12 de Febrero, reveló una notable moderación, debida quizás á la volubilidad de su carácter. Con Buzot y la Gironda, censuró á quienes pidieron que la Convención dictara una ley sobre subsistencias. Y el 23 de Febrero, dijo lo siguiente: «El saqueo de los almacenes y el escarmiento de los acaparadores pondrá fin á estos robos...» Al día siguiente, el 14, se cumplió lo que él predijo. La muchedumbre, dócil á su apóstol, arranca las puertas de las tahonas y de las tiendas de especias y se distribuye, pagando á un precio que creyeron razonable, el jabón, el aceite, las velas de sebo y los géneros de lujo, como por ejemplo, el café y el azúcar. Más importancia hubieran podido alcanzar las revueltas y los desórdenes si no se hubiesen encontrado en París los federados de Brest, que intervinieron. Es acusado á la Convención Marat, y á pesar de su loca furia, contesta con seguridad y aplomo. La Gironda consigue en beneficio del honor nacional, que se encarguen los tribunales de perseguir á los «*instigadores al pillaje*.»

El extranjero, pudo definir el carácter de Francia entonces, diciendo que era una nación de ladrones y brigantes. Sin embargo, el verdadero